

La güera más morena

Molly McCalister

“Gringa, nena, güera, sexi”, los nombres circularon en mi cabeza. No sabía que significaban pero no me agradaba. Viendo en retrospectiva, me imagino que esos apodosos eran dichos con buenas intenciones. Tener el cabello güerito y una figura delgada era algo bueno pero yo no lo veía así. Yo anhelaba tener la piel morena, el cabello negro y hasta una figura media gordita. Simplemente quería ser uno de ellos; ser parte del grupo.

Cuando entré por primera vez a una escuela mexicana sabía hablar español lo suficiente como para comprarme unos chicles y una Coca. El primer día me sentí muy perdida. Los maestros empezaron a consentirme, y por lo tanto, los niños empezaron a odiarme. Una niña en particular tuvo un rencor visible contra mí. “¿Te piensas mejor que nosotras verdad?” “Los americanos son unos chingados”. “Tú nunca serás mexicana”. Hasta hoy en día no sé por qué me odiaban tanto, quizás porque al fin del año saqué las mejores calificaciones de toda la clase, o quizás simplemente odiaban a los estadounidenses. Sin embargo, no fue el peor año de mi vida. No todos me decían cosas. Durante ese año abrumado de dificultades, me hice algunas amistades también. Cuando mis amigos me llamaban, me decían “Molly” y eso me levantaba el ánimo. Cuando oía mi nombre sabía que me estaban aceptando.

En la secundaria me matriculé en otra escuela. Aquí sí logré hacer buenos amigos. Todavía conservo una amistad con uno de ellos, Felipe o mejor conocido como Adame. En este nuevo ambiente también enfrenté los apodosos pero esta vez fueron sobrenombres hechos en buena onda. Todos tenían sus alias, de hecho, si no tenía apodo es que no estabas en el grupo.

Claro, cuando no estaba con mis compañeros todavía me encontraba con los nombres que no se decían con buen humor. Cada vez que iba al mercado escuchaba “gringa, güera, hey sexy lady, nena ven pa’ca”. A pesar de estos rechiflados y sílbados constantes me fui acostumbrando. Me encontraba en la etapa de pubertad y me adapté a mi cuerpo nuevo en un ambiente donde mi piel, cabello y ojos me traicionaban.

Un día nos regresamos a los Estados Unidos. Yo ya no me consideraba americana. Sin saberlo, me había acostumbrado a ser diferente, y de repente me encontraba perdida en gringolandia. Se había cumplido mi sueño de ser igual que los demás y al fin y al cabo, no me gustó. Tuve que adaptarme otra vez, entonces empecé a distinguirme de los demás. Me adherí a mi herencia mexicana, pero esto me trajo los nombres de nuevo, algunos inofensivos y otros ofensivos pero dichos sin ofensa. Eran nombres como “mexican mule, dirty mexican, whitest mexican, my mexican, Morry, y tacos”. No los ví como insultos porque tenía orgullo de venir de otro país. No quería adaptarme.

Por suerte, mis padres no me dejaron estar mohína por un año y me obligaron a intentar formar relaciones. Para satisfacerlos ingresé al equipo de *cross country*. Resultó ser buena corredora y me encantaron los miembros del equipo. Como logré estar en el equipo de *varsity* y de ahí pasar a ser la segunda corredora del equipo, los niños me dejaron entrar a su grupo. Para entonces ya tenía más años de experiencia y no quería ser parte de un grupo, sino que quería ser un individuo que podía entrar y salir a gusto y justamente eso logré. Gracias a ese año encontré mi nombre verdadero: Molly.

Tuve que adaptarme a una cultura nueva, luego regresar y adaptarme de nuevo a mi cultura madre. Por fin encontré mi identidad y mi lugar en el mundo confuso en que me encontraba.

La güera más morena

Molly McCalister

“Gringa, nena, güera, sexi”, los nombres circularon en mi cabeza. No sabía que significaban pero no me agradaba. Viendo en retrospectiva, me imagino que esos apodosos eran dichos con buenas intenciones. Tener el cabello güerito y una figura delgada era algo bueno pero yo no lo veía así. Yo anhelaba tener la piel morena, el cabello negro y hasta una figura media gordita. Simplemente quería ser uno de ellos; ser parte del grupo.

Cuando entré por primera vez a una escuela mexicana sabía hablar español lo suficiente como para comprarme unos chicles y una Coca. El primer día me sentí muy perdida. Los maestros empezaron a consentirme, y por lo tanto, los niños empezaron a odiarme. Una niña en particular tuvo un rencor visible contra mí. “¿Te piensas mejor que nosotras verdad?” “Los americanos son unos chingados”. “Tú nunca serás mexicana”. Hasta hoy en día no sé por qué me odiaban tanto, quizás porque al fin del año saqué las mejores calificaciones de toda la clase, o quizás simplemente odiaban a los estadounidenses. Sin embargo, no fue el peor año de mi vida. No todos me decían cosas. Durante ese año abrumado de dificultades, me hice algunas amistades también. Cuando mis amigos me llamaban, me decían “Molly” y eso me levantaba el ánimo. Cuando oía mi nombre sabía que me estaban aceptando.

En la secundaria me matriculé en otra escuela. Aquí sí logré hacer buenos amigos. Todavía conservo una amistad con uno de ellos, Felipe o mejor conocido como Adame. En este nuevo ambiente también enfrenté los apodosos pero esta vez fueron sobrenombres hechos en buena onda. Todos tenían sus alias, de hecho, si no tenía apodo es que no estabas en el grupo.

Claro, cuando no estaba con mis compañeros todavía me encontraba con los nombres que no se decían con buen humor. Cada vez que iba al mercado escuchaba “gringa, güera, hey sexy lady, nena ven pa’ca”. A pesar de estos rechiflados y sílbados constantes me fui acostumbrando. Me encontraba en la etapa de pubertad y me adapté a mi cuerpo nuevo en un ambiente donde mi piel, cabello y ojos me traicionaban.

Un día nos regresamos a los Estados Unidos. Yo ya no me consideraba americana. Sin saberlo, me había acostumbrado a ser diferente, y de repente me encontraba perdida en gringolandia. Se había cumplido mi sueño de ser igual que los demás y al fin y al cabo, no me gustó. Tuve que adaptarme otra vez, entonces empecé a distinguirme de los demás. Me adherí a mi herencia mexicana, pero esto me trajo los nombres de nuevo, algunos inofensivos y otros ofensivos pero dichos sin ofensa. Eran nombres como “mexican mule, dirty mexican, whitest mexican, my mexican, Morry, y tacos”. No los ví como insultos porque tenía orgullo de venir de otro país. No quería adaptarme.

Por suerte, mis padres no me dejaron estar mohína por un año y me obligaron a intentar formar relaciones. Para satisfacerlos ingresé al equipo de *cross country*. Resultó ser buena corredora y me encantaron los miembros del equipo. Como logré estar en el equipo de *varsity* y de ahí pasar a ser la segunda corredora del equipo, los niños me dejaron entrar a su grupo. Para entonces ya tenía más años de experiencia y no quería ser parte de un grupo, sino que quería ser un individuo que podía entrar y salir a gusto y justamente eso logré. Gracias a ese año encontré mi nombre verdadero: Molly.

Tuve que adaptarme a una cultura nueva, luego regresar y adaptarme de nuevo a mi cultura madre. Por fin encontré mi identidad y mi lugar en el mundo confuso en que me encontraba.